



**Josep Borrell**  
 Presidente del  
 Instituto Universitario  
 Europeo de  
 Florencia.

# Crisis económica y crisis de la política, retos para la socialdemocracia europea

El futuro del socialismo español está unido al del resto de la socialdemocracia europea, que ha perdido las ventajas que le daba la relación casi automática entre pertenencia social y filiación política. En la actualidad, la socialdemocracia europea tiene un problema de identidad. No sabe a quién representa. La reflexión sobre cómo debe ser un partido socialista debería articularse en torno a las tres funciones que ese partido debería cumplir: socializar la política, elaborar programas de gobierno y seleccionar al personal político.

**Agradezco** a la revista *Temas* que me haya invitado a escribir el artículo introductorio de este número extraordinario sobre los perfiles de un Partido Socialista del siglo XXI.

Un empeño difícil, pero a la vez muy oportuno. No solo por la magnitud de las recientes derrotas electorales del socialismo en España. También porque solo quedan ya tres pequeños países europeos con gobierno socialdemócrata. Y porque la crisis económica está produciendo cambios en la política, como lo ocurrido en Grecia y en Italia donde se ha iniciado lo que se llama la era "post democrática" o la "democracia sin partidos". Y porque el cambio social es muy profundo, con un resurgir del individualismo, un incremento de la heterogeneidad, nuevos sistemas de comunicación social, ciudadanos más informados, más exigentes, más autónomos, a los que el funcionamiento de los partidos políticos tradicionales les resultan opacos y ajenos.

El futuro del socialismo en este siglo *global-digital* no es solo un problema del socialismo español. En toda Europa la socialdemocracia ha perdido las ventajas que le daba la correlación cuasi automáti-

"obreros" votan a la derecha atraídos por el nuevo discurso populista y antieuropeo frente a la globalización y la emigración. Y los funcionarios y clases medias intelectualizadas votan a partidos que re-



C. BARRIOS

ca entre pertenencia social y filiación política. Hoy la socialdemocracia europea no sabe muy bien a quién representa. Las clases populares se han desintegrado, los

presentan nuevas sensibilidades, como las ecologistas, o que defienden lo público con nuevos argumentos y más fuerza que la socialdemocracia social-liberal.

Hablar de un Partido Socialista para el siglo XXI viene muy a cuento, porque el modo de funcionar del nuestro es propio del siglo pasado o incluso del anterior, cuando las Casas del Pueblo eran los únicos medios de socialización de la clase trabajadora y los periódicos los únicos medios de comunicación. Hoy hemos desarrollado burocracias jerarquizadas al estilo de una Iglesia, tenemos un escaso número de afiliados y formas de participación muy rudimentarias, sistemas electorales internos basados en listas cerradas y bloqueadas, profesionalización de los dirigentes, acumulación de cargos orgánicos e institucionales, mandatos sin limitación y un largo etcétera..., que el documento "Queda mucho PSOE por hacer" describe en mi opinión con bastante acierto.

## **El socialismo tiene que potenciar su consistencia y su coherencia ideológica, sin asumir pasivamente la ideología dominante o hacer suyas las ideas del contrario, como a veces ha hecho.**

La reflexión sobre cómo debe ser un partido socialista en un futuro que ya es presente debería articularse en torno a las tres funciones que ese partido debería cumplir: socializar la política, elaborar programas de gobierno y seleccionar al personal político.

Obviamente las tres funciones no son independientes. La selección del personal político, por ejemplo, tiene mucho que ver con el grado de apertura de la organización a la sociedad y eso, a su vez, condiciona las propuestas políticas que se elaboran.

Creo que en el desempeño de esas tres funciones el PSOE de hoy

tiene importantes carencias. Probablemente las más graves lo son en la socialización de la política como cauce de participación y compromiso ciudadano. Y es allí donde es más importante mejorar su capacidad para permear la sociedad y ser permeada por esta.

Toda la socialdemocracia europea tiene que interrogarse sobre su capacidad de socializar la política desde unos partidos convertidos en un conjunto reducido de personas, desvinculados de la sociedad, que compiten por cargos públicos.

El PSOE fue ayer más que hoy una referencia social y cultural. Pero hoy está perdiendo esta consideración y está cada vez más lejos de ser una organización *gramsciana* como en su día ambicionó ser.

Hoy, después de los últimos cuatro años de gobierno socialista,

el PSOE ha perdido parte de su capital de simpatía social, como lo muestran la distribución geográfica, por categorías sociales y de edad del voto.

Pero el problema no se ha originado en los últimos cuatro años. En realidad, hemos venido perdiendo votantes desde mucho antes de la actual crisis económica. Ya en 1995 perdimos las elecciones en Comunidades Autónomas y en ciudades que no hemos vuelto a recuperar, ni siquiera en los mejores momentos de "éxito" económico y político. Allí donde perdimos las instituciones, el partido no ha conseguido mantener los víncu-

los con la ciudadanía. Y allí donde seguimos gobernando también fuimos perdiendo progresivamente el apoyo de los ciudadanos, en particular el voto urbano, de los jóvenes, de los colectivos más comprometidos con una transformación más progresista de la sociedad, que cuestionaban más la insostenibilidad y la inequidad del modelo de desarrollo sobre el que cabalgábamos con demasiada satisfacción.

Hay que reconocer también que la ideología que anima nuestras propuestas políticas se ha ido desdibujando, como ha ocurrido en toda Europa, bajo la influencia de la desgraciada experiencia *blairista*, que ha tenido aquí ilustres representantes. Poco a poco se ha perdido el impulso transformador para ser percibidos cada vez más como unos gestores del sistema poco diferenciados de otras alternativas.

La socialdemocracia europea ha tenido, y tiene, graves dificultades para entender y adaptarse a los cambios políticos y sociales que han ocurrido en los últimos 20 años bajo los efectos de la globalización y el aumento de las desigualdades. No ha construido una nueva coalición social para repartir con equidad los costes y las ventajas de esas transformaciones y de la reciente crisis. La primera coalición progresista con amplia y variada base social y éxito electoral ha sido la de Obama para ganar la Presidencia de EEUU. Pero en Europa, con algunas excepciones, la socialdemocracia no tiene todavía un relato que coaligue nuevas mayorías de progreso.

Por eso, no nos podemos conformar diciendo que en el plano de las ideas, es decir, los perfiles ideológicos y las propuestas de

políticas coherentes y diferenciadas, no nos basta el trabajo que ya se hizo para preparar el programa electoral de las pasadas elecciones generales.

No parece que ese programa tuviese mucho éxito. Podemos suponer que fueron otras las razones del descalabro, como los candidatos o la gestión del Gobierno saliente. Pero creo que estamos muy lejos de poder sentirnos satisfechos con nuestro equipaje intelectual. El trabajo que queda por hacer es ingente. No puede dejarse de lado diciendo que ya nos ocupamos suficientemente de las ideas hace unos meses y ahora es el tiempo de decidir liderazgos. Por ejemplo, para hacer frente al reflejo defensivo que genera el envejecimiento y su corolario, que es la inmigración, hemos de aceptar que la globalización tiene ganadores y perdedores. Y hoy los perdedores de la globalización son las bases de un nuevo populismo, que le quita votos a la socialdemocracia. Son los perdedores de la globalización los que causan las derrotas electorales de los socialistas en varios países europeos.

Hemos querido vender la idea de que la globalización es un proceso feliz que sólo tiene ganadores. Y no es verdad, en nuestras sociedades la globalización produce perdedores, estructuralmente perdedores, no transitoriamente perdedores. Y esos perdedores se han apuntado a otro discurso que creen que les ofrece un escudo mejor. Escudo utópico porque ni los finlandeses se van a ir de la UE ni Le Pen puede proteger a los agricultores franceses proponiéndoles salir de la UE y del euro. Pero el magnetismo de las verdades aparentes que caen sobre el te-

rreno fértil de una preocupación con fundamento vital convence sin demasiados análisis de su consistencia lógica.

Frente a ello, el socialismo tiene que aumentar su consistencia y su coherencia. Sin asumir pasivamente la ideología dominante o hacer suyas las ideas del contrario, como a veces ha hecho. Como muestra un botón: he encontrado en mis archivos dos artículos contrapuestos publicados en *El País* en abril del 2002 sobre las políticas fiscales. Uno llevaba mi firma, el otro la de Miguel Sebastián. La distancia conceptual e ideológica que los separa es enorme. Al releerlos hoy, uno se pregunta cómo es posible que un Gobierno socialista haya dado tanta responsabilidad política a quien nunca ha ocultado ideas tan contrarias a lo que se puede esperar de un partido socialista.

Pero con todo, el principal problema, que condiciona todos los demás, es lo que se ha venido en llamar el *exilio interior* en el que ha caído el PSOE, muy bien descrito en el artículo de Joan Romero en *El País* que lleva ese título. Por ello, el funcionamiento organizativo interno debería ser objeto de atención prioritaria. Durante mucho tiempo nos hemos dicho que eso no era importante, que aburríamos a los ciudadanos con nuestros problemas domésticos, que nuestros debates internos no hacían más que dividirnos, que querían que les resolviésemos sus problemas y no que les contáramos los nuestros.

Si alguna vez eso fue cierto, hoy ya no lo es. Hoy las exigencias de transparencia, de participación y de apertura son muy grandes desde el electorado progresis-

ta. Y el escepticismo hacia la política tiene mucho que ver con la forma como se percibe el funcionamiento de los partidos políticos, en particular el PSOE.

Reconocer y resolver la desconexión entre partido y sociedad debería ser la tarea fundamental. Pero es más fácil reconocerla que resolverla. En ello deben jugar un papel importante los procesos de elección de candidatos a puestos institucionales. Pero no solo eso. Los procesos y estructuras internas son tanto o más importantes. Por ejemplo, podríamos preguntarnos cuántos miembros del Comité Federal no son cargos orgánicos o institucionales. Muy pocos. Y cuántos no ambicionan llegar a serlo. Menos todavía. Cuántos son los que son miembros activos de otras organizaciones sociales o son a título individual representantes de los distintos roles sociales. Tampoco demasiados.

La composición de los órganos deliberantes del partido debería reflejar el "mundo exterior" de la organización tanto como la organización misma. Y los procesos de elección interna deberían ser más directos, por ejemplo, suprimiendo el sistema de listas cerradas y bloqueadas para elegir los delegados a los congresos.

Imposible entrar a considerar estos temas en los 10.000 caracteres de un artículo que se pretende introductorio. Otras contribuciones lo harán con más detalle. Por mi parte, en otra contribución –publicada en *Sistema Digital* el 30 de diciembre– he intentado analizar las causas y consecuencias de la derrota electoral y su relación con la crisis económica, que son el punto de partida de las necesarias reformas de futuro. **TEMAS**